

“La excelentísima señora duquesa de Gandía funda la misión de San Borja con copiosa dotación...”
p. 363-396

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la Antigua California.
Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE GANDÍA FUNDA LA
MISIÓN DE SAN BORJA CON COPIOSA DOTACIÓN. MUERE EL
PADRE FERNANDO CONSAG. SU ELOGIO. LLEGAN NUEVOS
PADRES A LA CALIFORNIA. MUERTE DEL HERMANO MUGAZÁBAL.
ESTABLECIMIENTO DE LA MISIÓN DE SAN FRANCISCO DE
BORJA POR EL PADRE WENCESLAO LINCK

Por los dilatados y trabajosos viajes, que dejamos referidos, ejecutados por el padre Fernando Consag (hechos todos a costa de las misiones, y principalmente de la suya de San Ignacio), se deja conocer el deseo de los padres de adelantar la cristiandad y la conquista. Mas las dificultades, que de nuevo se ofrecían, para fundar nueva misión entre los gentiles al norte de Santa Gertrudis, eran tales, que poca esperanza dejaban en lo humano de conseguirse tan presto como se deseaba. Éstas principalmente eran dos: la primera, el no haber dotación para establecer nueva misión ni bienhechor alguno que la fundase; y la segunda, el no hallarse paraje en qué establecerla en toda la extensión del terreno reconocido en los viajes hechos a este fin. Pero Dios que, cuando es su voluntad, sabe hacer que desaparezcan las mayores dificultades y que existan los que parecían imposibles, dispuso que, de donde menos se esperaba, lograse la California la bienhechora más insigne que han tenido sus misiones y que no sólo diese lo suficiente para dotación de dos o tres, sino para fundar muchas en aquella península, como se hubiera ejecutado por los padres jesuitas con este caudal, si los tiempos lo hubieran permitido.

Esta insigne bienhechora fue la excelentísima señora doña Mariana de Borja, duquesa de Gandía;¹ quien con munificencia propia de su grandeza, y con un corazón no menos piadoso que magnánimo,

¹ Mariana de Borja, duquesa de Béjar y Gandía, de la célebre familia a la que perteneció San Francisco de Borja, había dejado en su testamento, en 1747, un crecido legado para las misiones de California. Las razones que la habían movido a ello, las expone Del Barco a continuación. De hecho hubo no pocas dificultades para hacer efectiva la donación. Véase Peter Masten Dunne, S. J., *Black Robes in*



en su disposición testamentaria dejó varias obras pías, entre las cuales un crecido vitalicio a todas aquellas personas que componían su familia; y el remanente a la misión de la California, con encargo que se fundase en ella una residencia dedicada a su glorioso ascendiente San Francisco de Borja. A este remanente debían ir acreciendo todos aquellos capitales correspondientes al vitalicio sobredicho, conforme iban muriendo las personas que lo gozaban. En esta forma, lo que el padre procurador que la California tenía en México había sucesivamente percibido hasta el tiempo del extrañamiento de los jesuitas de todos los dominios de España, era la suma de sesenta y dos mil pesos, o poco más. Y en Madrid tenía en escrituras, y a réditos, para mantenerlos vitalicios, y en otras recaudaciones, que se iban consiguiendo, como otra tanta cantidad; sin la esperanza que había de recobrar otras sumas crecidas litigiosas; y cobranzas detenidas por razón de pleitos, que había seguido la misma excelentísima señora. El motivo que tuvo para dejar un tan copioso legado a la California (según escribieron de Madrid a México, avisando de esta disposición), fue que un sujeto, que había estado algún tiempo de soldado en aquella península, algunos años después de haberse comenzado la conquista, volvió después a España, y, corriendo su fortuna, llegó a acomodarse (no sabemos con qué empleo) entre la familia de la citada señora. Este hombre refirió lo que había visto en la California: la suma pobreza de los indios, los trabajos de los padres de la Compañía en su reducción, enseñanza y administración, y, en fin, las grandes estrecheces en que se hallaban para mantenerse a sí y socorrer a sus indios con comida y vestido. Estas noticias, referidas de un testigo de vista (de cuya veracidad parece que estaba satisfecha), movieron tanto el piadoso corazón de esta señora que determinó aliviar tantas necesidades, y procurar que se extendiese largamente la fe entre aquella gentilidad, como lo ejecutó en su testamento, según queda insinuado. Recibida esta favorable noticia en México y, comunicada a la California, pasaron algunos años antes de comenzar a percibir cosa alguna de este gran legado, por las dificultades que se ofrecieron después del falleci-

Lower California, Berkeley y Los Ángeles, The University of California Press, 1952, p. 372-374.

miento de la señora duquesa. En fin, habiendo avisado el padre procurador general de Indias, existente en Madrid, que tenía en su poder veinte mil pesos (que fue lo primero que se recaudó), se tomó con más calor la fundación de otra nueva misión en la California pues estaba vencida esta primera dificultad de falta de dotación; habiendo con la cantidad recibida la suficiente para dos misiones.

Pero restaba que vencer la segunda dificultad, de no hallarse en que establecerla. Mas ésta también quiso Dios que se venciera; porque, habiendo el padre Retz, misionero de la de Santa Gertrudis, tenido noticia por medio de sus indios, que al norte de esta misión, como a tres días de camino, había un aguaje permanente, cuya agua corría en bastante abundancia, fueron personas de satisfacción e inteligencia a reconocerle, y vieron que el manantial, aunque no muy abundante, era el mejor que se había hallado en todos los viajes hechos por el padre Consag. En uno de los cuales, aunque estuvieron cerca de este sitio, no llegaron a verle porque ni hubo quien les diese noticia de él, ni el agua (que corría corto trecho) pudo ser vista por donde el padre y su comitiva pasaron aquel territorio. Nace esta agua en la ladera o declive de un collado, y por eso tiene altura sobrada para conducirla al riego de lo que se sembrase, y es en tanta cantidad, con corta diferencia, como la que tiene la misión de Santa Gertrudis, después que ésta se aumentó con las diligencias que quedan referidas en su lugar. Sale del manantial caliente, aunque sin mal olor de azufre, o si alguno tiene, es tan tenue que apenas se percibe, y totalmente le pierde después de fría y asentada. A poco trecho de correr por la ladera, se enfría y es buena para beber. Llámase este paraje en lengua de los indios *Adac*. Al tiempo de descubrirse ese paraje, que fue el año de 1758, acababa de llegar a Loreto el padre Julián Salazar,² destinado para la nueva fundación luego que se hallara sitio para ella. Era visitador en este tiempo el padre

² Julián Salazar, natural de Chiapas, llegó como misionero a la península en 1751 según lo confirma asimismo el *Catálogo de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús*, para dicho año. Véase Ernest J. Burrus, S. J., *Ducrué's Account of the Expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)*, Ernest J. Burrus, S. J. (ed. y trad.), Roma, Jesuit Historical Institute, 1967, p. 182, n. 25. Acerca de dicho padre Salazar no se tienen otras noticias fuera de las que proporciona aquí Del Barco. Al parecer salió él de California antes de la expulsión ya que no se le menciona entre los jesuitas que marcharon desde la península al destierro.

Fernando Consag, quien mandó al padre Salazar que pasase a Santa Gertrudis para aprender el idioma del país e instruirse en el oficio de misionero en compañía del padre Retz, mientras se disponía lo necesario para la nueva misión. Mas el año siguiente, que fue el de 1759, faltando padre para otra misión de las antiguas, el mismo padre visitador envió al padre Salazar a suplir esta falta, juzgando, con razón, por más necesario el no desamparar en la administración espiritual a los ya convertidos (con quienes se ha contraído esta obligación), que convertir a otros de nuevo.

Poco después de esto, y en el mismo año de 1759, a primero de septiembre, murió en el señor el, muchas veces citado, padre Fernando Consag³ con grande y general sentimiento de los indios de su misión de San Ignacio, y de todos los padres de aquella península; porque con su gran virtud, prudencia, madurez y útiles trabajos, se había conciliado el amor y respeto, y aun la veneración de todos. De la provincia de Austria pasó en misión a la de Nueva España, cuyo provincial le destinó a la California a donde llegó el año de 1732. En los cinco primeros años que estuvo en ella, le emplearon los superiores en suplir en varias misiones de sur y norte la falta de sus misioneros que, o por enfermedades o por ausencias forzadas, no podían administrarlas. Hasta que el año de 1737 el padre Andrés García,⁴ visitador general de todas las misiones, que la provincia jesuítica de Nueva España tenía entre indios, habiendo pasado a la California en su visita, señaló al padre Fernando Consag por misionero de la que ya en aquel tiempo se trataba de fundar, al norte de San Ignacio, con título de Nuestra Señora de los Dolores del Norte (que es la que cuando efectivamente se llegó a fundar, quedó

³ Al dar la fecha de la muerte del padre Consag, hace Del Barco un sucinto pero a la vez cumplido panegírico de la vida y actuación de este notable misionero.

⁴ El padre Andrés García fue uno de los varios visitadores que llegaron a la península para darse cuenta personalmente de los problemas y los resultados de la obra misional. Andrés Javier García, tal era su nombre completo, había nacido en Extremadura, en 1686. Ingresado en la orden jesuítica en 1705, posteriormente pasó a México. Trabajó entre los indígenas en la capital del país y fue rector del colegio que su orden tenía en Puebla. Más tarde, de 1747 a 1750, fue provincial de la Compañía de Jesús en México. A él correspondió también, como procurador a Roma, tratar varios asuntos relacionados con las misiones en el noroeste de Nueva España.

con el nombre de Santa Gertrudis, por las razones que quedan insinuadas en otro lugar). Mas, porque no se podía aún establecer esta misión en sitio separado de la de San Ignacio, mandó el mismo padre visitador general que, entretanto, la administrase desde la de San Ignacio, en donde debía residir en compañía de su misionero el padre Sebastián de Sistiaga, y de esta suerte podrían los dos mutuamente aliviarse en la administración de las dos misiones. Así lo hicieron por espacio de diez años, bien que el mayor trabajo hubo de recaer necesariamente sobre el padre Consag, porque al padre Sistiaga, siendo en estos mismos diez años, por dos trienios visitador de la California, le fue forzoso hacer varios viajes por toda aquella provincia, ya para visitar las misiones y ya por otros negocios que se ofrecieron. Y en todas estas largas ausencias el padre Consag llevaba solo el peso entero de las dos misiones; y aunque por todo este tiempo padeció muchos y molestos achaques, con ellos trabajaba como si estuviera muy sano. Y como ordinariamente había varios enfermos, no sólo en la cabecera sino también en otras rancherías distantes muchas leguas, eran por consiguiente muy frecuentes los viajes a confesar y disponer para la muerte a los enfermos.

Y en ciertas ocasiones en que abundaban más los enfermos eran tan continuados los viajes que, habiendo llegado a San Ignacio el padre Juan Antonio Baltazar,⁵ visitador general de las misiones, a hacer su visita el año de 1744, en una de las ausencias del padre Sistiaga, ni aun al padre Consag halló en la misión o cabecera porque, aunque tuviese previo aviso del padre visitador general, habiéndole venido a llamar para confesar enfermos de rancherías muy distantes, le fue preciso acudir a la mayor necesidad y más urgente obligación. Estando con aquellos enfermos, lo llamaron para otros de otras rancherías; y de esta suerte no pudo volver a San Ignacio hasta después de dos o tres días que le aguardaba allí el padre visitador. Mas ni aun entonces pudieron hablarse mucho tiempo, porque luego vinieron nuevos mensajeras que llamaban al padre para en-

⁵ Juan Antonio Baltazar, nacido en 1697, en Lucerna, Suiza, entró en la Compañía de Jesús en 1712. Trasladado a México en 1719, ocupó puestos de suma importancia, tales como rector del Colegio Máximo, y provincial y visitador de las misiones en el noroeste de Nueva España. Murió en la ciudad de México el 23 de abril de 1763.



fermos de otras rancherías. Y así, habiendo tomado algún alimento, a poco rato después de haber llegado, volvió a salir a sus tareas apostólicas; para las cuales su gran celo de las almas y su vigoroso espíritu suplían la falta de salud que por aquel tiempo habitualmente padecía. El padre Sistiaga, no sólo tenía un alto concepto de la grande virtud y religiosidad de su compañero, el padre Fernando, sino también de su prudencia y buen gobierno económico; y por eso, dada la disposición de lo perteneciente a lo temporal en la misión de San Ignacio, aunque le pertenecía a él mismo como propio misionero, comúnmente lo remitía al parecer de su compañero. El mismo padre Sistiaga, al salir de la California, siendo actualmente visitador de ella, señaló al padre Consag por misionero en propiedad y sucesor suyo en la de San Ignacio, y que la nueva misión, a que antes estaba asignado en propiedad, la administrase interinamente, hasta que hubiese padre a quien encargarla. Atendía en esto el padre visitador Sistiaga no sólo a proveer su misión de San Ignacio de un tan celoso misionero, sino también a que hubiese en ella quien sabiendo aprovecharse de la proporción que tiene para siembras de maíz y trigo, pudiese con alguna parte de estos frutos socorrer a la nueva misión, cuando se fundase; pues sin este socorro no podría subsistir, según en aquel tiempo se persuadían todos. No pudo dejar de sentir el padre Fernando esta nueva asignación por el deseo que tenía de retirarse con sus feligreses (a quienes por la mayor parte había bautizado él mismo) a fundar la nueva misión, y aumentar la grey de Jesucristo con la conversión de todos los gentiles de aquel territorio. Mas como tan obediente, se sujetó a la disposición del superior, y quedó por misionero de la de San Ignacio. Pocos días después le llegó la patente de visitador de la California, oficio que ejerció con mucha prudencia y común satisfacción no sólo este trienio, sino también otro segundo, que comenzó el año de 1757, y, antes de acabarle, murió como queda dicho, el año de 1759. Fue varón ejemplar en todas las virtudes, ni es fácil decir en cuál de éstas fue más señalado. Más extensa noticia se dio de ellas a la provincia de Nueva España en la carta de edificación, que poco después de su muerte se imprimió en México. Fuera de la difícil administración de dos misiones, que tuvo tantos años a su cargo, hizo largos y penosos viajes por mar y tierra. Dos veces anduvo toda

la California cristiana en cumplimiento de su oficio de superior y visitador de ella. El año de 1746 registró por mar toda la costa del seno, por la parte de la misma California, demarcándola menudamente desde San Carlos (que está al oriente de la misión de San Ignacio), hasta el río Colorado. Cuyo derrotero, formado por el mismo padre, se halla en la parte IV de esta obra, apéndice III.⁶

En los años de 1751 y 1753 (gozando ya por estos tiempos, y en adelante de más salud) hizo dos viajes por tierra entre la gentilidad, como arriba queda insinuado, uno entre la sierra y el océano, y otro entre la misma sierra y el seno, caminando en ellos desde los 28 grados de latitud o algo menos, en que está San Ignacio, hasta los 31, para reconocer la tierra y parajes aptos para fundar misiones: distancias que, aunque consideradas por el aire, no son grandes, lo son si se considera que se caminaba a ciegas, sin camino ni senda, en tierra desconocida, llena de pedregales, con frecuentes barrancos o cerros que, impidiendo el paso, era menester buscarle por rodeos, ya subiendo más hacia la sierra, ya bajando hacia el océano, con otras dificultades inseparables de tales empresas en tierras tan ásperas, que no suelen acompañar a las que se hacen por llanuras. Desde su misión de San Ignacio cooperó cuanto pudo al nuevo establecimiento de Santa Gertrudis, proveyéndola de bastimentos y aun de recua para conducirlos, y para los demás menesteres de la misión. Y cuando murió, dejó ya prevenida otra recua para darla a la misión de San Borja cuando se fundase. En fin, era el principal fomento de aquellas nuevas misiones del norte y como padre común, en sus últimos años, de aquella nueva cristiandad. Los indios, sus feligreses, mostraron bien el amor que tenían a su padre con lo mucho que lloraron, no sólo en su muerte y entierro, sino también por mucho tiempo después. Y cuando las rancherías venían, según costumbre, por su turno a la misión o cabecera e iban a la iglesia luego, acercándose a la sepultura, renovaban sus llantos y lamentos con tales veras que enternecían a cuantos los oían. Su muerte fue a los 56 años de edad y 27 de misionero en la California.

⁶ Se refiere al texto incluido en la *Noticia de la California*. Véase Miguel Vengas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), 3 v., México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943.

Cuando murió el padre Fernando Consag, acababa de llegar a Loreto el padre Joseph Rothea,⁷ enviado del padre provincial para establecer la nueva misión. Mas, faltando padre en la de San Ignacio, fue necesario que el padre Rothea, quedase en ella de misionero después de haber estado algunos meses aprendiendo la lengua en compañía del padre que lo era de la de Guadalupe y cuidaba también interinamente la de San Ignacio. El superior, que el padre Consag a su muerte dejó señalado por su sucesor en este oficio, así lo dispuso; dando cuenta de todo al provincial y pidiéndole otros padres. Mas no pudo enviarlos hasta el año de 1761 en que señaló y despachó para la California a los padres Wenceslao Linck⁸ e Ignacio Tirs,⁹

⁷ Joseph Mariano Rothea, nacido en la ciudad de México en 1732, ingresó a la Compañía de Jesús, en Tepotzotlán, en 1749. Enseñó humanidades en el colegio de esta orden en San Luis Potosí. Desde 1762, hasta la expulsión de los jesuitas, trabajó en la península de California, teniendo a su cargo la misión de San Ignacio Cadakaamán. Murió, al igual que otros antiguos compañeros suyos, en la ciudad de Bolonia. Su fallecimiento tuvo lugar el 13 de octubre de 1799. De él se conocen varios escritos, entre ellos un informe acerca del estado de su misión y asimismo la carta, citada ya por Del Barco, en la que habla el padre Rothea acerca de las pinturas rupestres en la península.

⁸ Dado que Del Barco se referirá muy ampliamente a la actuación en California del padre Wenceslao Linck, nos limitamos aquí a dar unos cuantos datos sobre su vida. Nacido en Neudek, Bohemia, en 1736, ingresó en la Compañía de Jesús en 1754. En 1755 pasó a México donde terminó sus estudios. Trasladado a California, como lo consigna Del Barco, en 1761, pronto pasó a la misión de Santa Gertrudis para ayudar allí al padre Jorge Retz. A él correspondió el establecimiento de la nueva misión norteña de San Francisco de Borja, de Adac. Desde dicha misión emprendió posteriormente varias expediciones, entre ellas la muy conocida de 1766, por el extremo septentrional de la península hasta llegar al delta del río Colorado. De esta exploración, de suma importancia, hablará Del Barco ampliamente en el quinto capítulo de la segunda parte de esta obra. Linck salió entre los expulsos de California. Y, trasladado a Bohemia, murió en la ciudad de Olmutz en 1790. Véase *Wenceslaus Linck's Diary of his 1776 Expedition to Northern Baja California*, Ernest J. Burrus, S. J. (ed., trad. y notas), Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1966 (Baja California Travels Series, 5).

⁹ Ignacio Tirsch fue, como lo hace notar Del Barco, otro de los misioneros oriundos de Bohemia. Nacido en la ciudad de Komotau, en 1733, ingresó en la Compañía de Jesús hacia 1750. Junto con Linck pasó a México en 1755, e igualmente en 1761 llegó a la península. Tirsch, después de permanecer algún tiempo en Loreto, trabajó en la misión de Santiago. De ella salió al momento de la expulsión y, al igual que Linck, pasó los últimos años de su vida en su nativa Bohemia. Como ya lo dijimos en el "Estudio preliminar" a la obra de Del Barco, Tirsch fue autor de una interesante forma de testimonio sobre la naturaleza y la vida misio-

bohemios los dos, quienes, por haber enfermado gravemente en el camino, no pudieron llegar a su término hasta principios del año siguiente, que fue el de 1762, tiempo en que se hallaba en la visita de la California el padre visitador general, Ignacio Lizassoain, quien señaló al padre Linck por misionero de la futura misión de San Borja, y que primero estuviese algún tiempo en la de Santa Gertrudis, aprendiendo la lengua de aquel país y habilitándose en el oficio de misionero en compañía del padre Retz. Al padre Tirs mandó quedarse en Loreto, en donde se juzgaron necesarios dos sacerdotes; porque uno solo, siendo al mismo tiempo misionero, procurador y administrador del real situado, a cuyo cargo estaba el buscar y hacer conducir las provisiones de todo lo necesario o conveniente para el presidio, y gran parte para las misiones, no podía, sin muy notable quebranto, cumplir exactamente todas las funciones de misionero (que era la parte más indispensable de sus tareas) y las de procurador. Por esto fue señalado el padre Ignacio Tirs para que ayudase al padre Lucas Ventura,¹⁰ que en aquel tiempo era procurador y misionero en parte de este último oficio.

A 9 de diciembre de 1761 murió el hermano Juan Baptista Mugazábal,¹¹ religioso muy ajustado a sus obligaciones, de quien

nal en California. Nos referimos a las varias pinturas que preparó, una de las cuales, la del “pez mulier”, había de ser aprovechada por Del Barco que la incluyó en el capítulo “De los peces”, de la primera parte, o sea la referente a la historia natural. Las pinturas de Ignacio Tirsch han sido reproducidas en *The Drawings of Ignacio Tirsch. A Jesuit Missionary in Baja California*, Doyce B. Nunis Jr. (ed.), Elsbeth Schulz-Bischof (trad.), Los Ángeles, Dawson’s Book Shop, 1972 (Baja California Travels Series, 45).

¹⁰ Del padre Lucas Ventura ya hemos hablado en el “Estudio preliminar” a esta obra, como amigo que fue de Del Barco e interesado asimismo en la historia de la península. Lucas Ventura había nacido en Zaragoza, España, en 1727. Ingresado en la orden jesuítica en 1749, se trasladó a México en 1750. Llegado a la península hacia 1758, tuvo allí, como lo nota Del Barco, el cargo de procurador en materias económicas. Expulsado con el resto de sus compañeros, pasó a Italia, donde vivió hasta su muerte, acaecida en la ciudad de Bolonia el 9 de diciembre de 1793.

¹¹ El hermano Juan Baptista Mugazábal era natural de la provincia de Álava, según lo consigna más abajo el propio Del Barco y había nacido en ella en 1682. Entrado en la península de California en 1704, en calidad de soldado, decidió ingresar en la orden jesuítica como hermano coadjutor en el año de 1718. Así, como también lo nota Del Barco, siendo Mugazábal jesuita, coadyuvó en las labores de la conquista espiritual durante 42 años, a los que deben sumarse los otros

queda hecha mención en esta *Historia* al capítulo XIV con un breve elogio suyo, el que pudiera extenderse mucho si hubiéramos de contar una a una sus virtudes y lo que se esmeró en cada una de ellas, especialmente en las tres a que estaba obligado por los votos religiosos; en la humildad, en el trato con Dios de la oración mental, para la cual se levantaba todo el año tan de madrugada que cuando amanecía ya había tenido una hora de rodillas en la iglesia ante el Santísimo Sacramento, y ante el mismo Señor hacía sus exámenes de conciencia dos veces al día según se acostumbra en la Compañía. En todo esto, como también en la diaria lección espiritual, rezar el rosario y otras devociones, era indefectible. De esta constancia y exactitud en los cotidianos espirituales ejercicios se puede bien inferir el progreso que haría en todas las virtudes. Su última enfermedad fue dilatada de más de cuatro meses, que le consumió y disfiguró notablemente, y con esto se hizo más reparable la extraordinaria hermosura con que quedó su cadáver, observada y admirada, así de los domésticos como de los extraños, teniéndolo todos por no leve indicio de que su alma gozaba ya de Dios con una eminente gloria. Nació en España, en la provincia de Álava, pasó a Indias y, sin detenerse en la Nueva España, se embarcó para la nueva conquista de la California para donde la Divina Providencia le guiaba. Entró en ella el año de 1704, fue recibido de la Compañía de Jesús el de 1718, y, cumplido el primer año de noviciado en la misión de San Javier, bajo la dirección del venerable padre Juan de Ugarte, fue enviado a Loreto, en donde trabajó hasta su muerte por espacio de 42 años. En su ancianidad, no estando ya para soportar tanta fatiga, aunque el humilde hermano no pedía alivio, el padre provincial, informado de todo, se la envió con otro hermano coadjutor para que le sucediese en su oficio de: correr inmediatamente con el pagamento de los soldados, marineros y otros oficiales para los barcos, como herberos, carpinteros y calafates;¹² ajustar sus cuentas, proveerlos de ración para ellos y sus familias, cada semana, y aun cada día, para los indios hijos de la misión y los que de otra concurrieran con frecuencia en

catorce durante los cuales había estado también en California como soldado. Fue él, sin duda, entre todos los jesuitas, el que tuvo mayor permanencia en California.

¹² Calafate: el que calafatea o cierra las juntas de las maderas de la nave con estopa y brea para que no entre el agua.

Loreto; guardar y cuidar los bastimentos y ropa para los pagamentos, para que no se llenasen de insectos que presto lo consumen en sitio tan caluroso; despachar lo que frecuentemente pedían a Loreto los misioneros; recibir y despachar lo que estos padres se enviaban mutuamente y debía pasar por Loreto, ya fuese dentro de la misma California o ya para los de la provincia de Sinaloa, y lo que de éstos venía para aquéllos; y otra multitud de cosas que fuera mucha molestia el referirlas, y era mucho mayor el practicarlas casi continuamente. Todo lo cual se hacía con la dependencia debida y según la disposición del padre procurador. Demás de esto, tenía también el hermano Mugazábal el oficio de sacristán; en éste se quedó hasta su muerte, y el tiempo que de él y de sus devociones le sobraba, lo empleaba en aliviar al hermano, su compañero, en lo que podía.

Puesto en Santa Gertrudis el padre Wenceslao Linck, se tomaron con calor las providencias de fabricar iglesia y casa para el misionero en Adac (destinado para cabecera de la misión de San Borja), y acabar de abrir el camino que ya tenía comenzado el padre Retz para la comunicación necesaria de una a otra misión. Y para dar con más aciertos las disposiciones convenientes, pasó por algunos días al paraje el mismo padre Retz, volviéndose después a Santa Gertrudis; porque las circunstancias de misión, que contaba pocos años de fundada, no le permitían más larga ausencia, no obstante el haber dejado en ella al recién llegado padre Linck. Ya para este tiempo tenía el padre Retz reducidas al rebaño de Jesucristo y bautizadas todas las ranherías que debían pertenecer a su misión. Mas no por eso faltaban en ella gentiles catecúmenos, que estaban en la instrucción para ser bautizados, los cuales, por venir de lejos con sus familias, cargando las mujeres sus hijuelos y todo su cortísimo apero, tardaban seis u ocho días en el camino; aunque la distancia no excediese de 25 a 30 leguas. Era cosa para alabar a Dios, y que movía a ternura el ver unos bárbaros criados en una total libertad, sin más ley que sus antojos, venir con tanto trabajo a sujetarse voluntariamente al suave yugo de la fe y religión de Jesucristo movidos sólo de su gracia, mediante lo que oían a los nuevos cristianos, sus vecinos, de la necesidad de la fe y del bautismo para salvarse, no obstante el saber que en adelante debían de vivir como cristianos, y que, de otra suerte, serían castigados con algunos



azotes o con prisión por los soldados que hacían escolta al padre misionero. Aquéllos que entre los gentiles antes braveaban tanto, que infundían terror a sus enemigos y rancherías vecinas, que en un paraje de su tierra por donde había de pasar el padre Consag con toda su comitiva, en su viaje por tierra del año de 1751, atravesaron con flechas algunos árboles de pitahayas, para que, al verlas los extranjeros, entendiesen lo que con esto les querían decir, esto es, que lo mismo harían con ellos, si pasaban adelante, según arriba queda referido, éstos, digo, ya habían depuesto su ferocidad y bravura y venido como los demás, sus vecinos, a Santa Gertrudis a pedir al padre la instrucción y el bautismo, lo cual conseguido, quedaron como mansas ovejas incorporadas al redil de la misión. Lo mismo sucedió con la ranchería de la bahía de Los Ángeles y otras de aquellas cercanías, que son las que se juntaron de guerra para acometer al citado padre Fernando Consag y a los soldados e indios que le acompañaban, cuando en el viaje que hizo por mar al río Colorado, el año de 1746, saltó en tierra para que se hiciese aguada y reconocer aquel paraje. Éstos ya estaban bautizados en Santa Gertrudis cuando llegó el padre Linck, como también otras diversas rancherías que el padre Jorge Retz tenía reducidas y bautizadas con el destino de agregarlas a la misión de San Borja por caer en sus tierras, en la cercanía de ésta y muy lejos de la de Santa Gertrudis, teniendo el mismo destino los catecúmenos que, por este tiempo en que vamos, estaban en la instrucción, y ellos deseaban esta nueva fundación para tener padre en su tierra o en su cercanía.

Yace el paraje de Adac, en donde se asentó la misión de San Francisco de Borja, a los 30 grados de latitud septentrional.¹³ A su oriente está la bahía de Los Ángeles, distante mediodía de camino (modo de hablar, aun de los españoles por aquellas tierras de Nueva España, por el cual se entiende cosa de ocho leguas poco más o menos; y doblado el número de leguas, cuando se dice un día de camino). Al occidente tiene la costa del océano o contracosta, a alguna mayor distancia que la ya dicha de Adac a la bahía de Los Ángeles o golfo californico. Al pie de un cerro, de cuya ladera brota

¹³ La latitud dada por Del Barco, de 30 grados, peca de exceso. En realidad la misión de San Borja se encuentra situada poco más abajo del paralelo 29.

el ojo de agua, hay un pequeño plan suficiente para establecer en él la misión, como se dice. La tierra que está después de este plan es más baja, y es la que sirve para las siembras, que se extienden según alcanza el agua para el riego, que es poco trecho. Todo aquel territorio está lleno de altos cirios, árbol del todo inútil, según queda dicho en otro lugar, al cual los naturales de la tierra llaman *milapa*. Abunda también de pitahayas y de mezcales muy dulces y sabrosos. Son frecuentes las pequeñas palmas que producen unos grandes racimos de dátiles muy gruesos y más largos que las nueces, los cuales, aunque a nuestro paladar sean ingratos, no lo son para la gente del país, que los comen de buena gana, especialmente cuando, a sus tiempos, esperan otras comidas. Hay muchos conejos y liebres, y no faltan las otras especies de caza, que se habían hallado en lo restante de la California cristiana. Pero hay mucha escasez y aun mayor que en las otras misiones hasta ahora fundadas, de madera para fabricar y aun de leña para el fuego. No obstante, se hallaron en los contornos algunas palmas que, aunque delgadas y débiles, pudieran servir para techar la iglesia y demás piezas que se hicieran. Se esperaba que sería de mucho alivio a la misión el tener no lejos la bahía de Los Ángeles, en donde se podía tener una canoa, para conducir en ella, desde Loreto, algunas veces la ropa y demás cosas que se enviaban de México, y otras cosas que suelen ofrecerse. Este paraje de Adac cae al noroeste de Santa Gertrudis, de donde dista 30 leguas.

El traje de la gente de este país es algo diverso del que se había hallado hasta allí en los gentiles de la California ya reducida.¹⁴ El traje, digo, de las mujeres, porque el de los hombres es el mismo que el de los demás californios en su gentilidad, y es el que sacaron del vientre de sus madres. Sólo en el invierno solían traer una piel de ciervo o de berrendo a las espaldas para alguna defensa del frío; cogiendo sus dos extremidades asidas al pecho con las manos; lo cual se usaba en toda la península. La única diferencia que tienen los moradores del territorio de que vamos tratando, es el calzado;

¹⁴ Resulta de interés comparar lo que asienta aquí Del Barco sobre la indumentaria de los indígenas con lo que escribió ya antes en la sección de contenido etnográfico.

porque, usando los demás unas huarachas, *cacles*,¹⁵ o especie de sandalias de cuero de venado crudo o sin curtir, éstos los usan de pita que sacan del mezcal; al modo de suelas de alpargatas, las cuales forman de esta suerte. De la pita floja y sin torcer, hacen una como trenza; ésta la van enroscando contra sí misma con figura más larga que ancha, cosiendo con un cordelillo y un punzón de hueso cada vuelta que dan contra la que dieron antes. Formada así la suela, no tienen mucho que hacer, sino poner los dos cordeles gruesos, que salen de la parte anterior de la suela o plantilla, y, pasando entre los dedos del pie, vienen a abrazarse sobre el empeine con otros dos que salen de la parte del talón, del mismo modo que hacen los que usan la suela de cuero. Cuando se mudan de una parte a otra, llevan siempre los cordeles, pita y punzón, para remendar sus huarachas cuando lo necesitan; y es el ajuar de que más cuidan.

En las mujeres es mayor la diferencia respecto de las demás de California, porque éstas sólo se cubren del modo siguiente. Atan a la cintura un pequeño manojito de hilos o cuerdas delgadas que sirve de faja: contra ésta atan por delante otro manojito mayor, o madeja de semejantes hilos, que apenas tendrán cuatro dedos de ancho y, haciéndola pasar entre los muslos, la afianzan por detrás contra la faja misma de la cintura, de suerte que esta especie de bragero sólo cubre los desagües de la naturaleza. En el verano y tiempo de calor nada más usan para cubrirse, y de ese modo, desgreñadas y sucias, se presentan en los mayores concursos sin el menor asomo de vergüenza, como gente criada en esta desnudez, y por esto en ella no reconoce indecencia. Pero la van reconociendo, cuando, después de haber estado algún tiempo en la misión para instruirse y disponerse al bautismo, se van haciendo a ver las cristianas, sus paisanas, más cubiertas que ellas. Y así se ha advertido que, después de bautizadas, no salen jamás al público en este traje de desnudez. Sino que procuran cubrirse al modo que lo están, por lo común, las cristianas de aquella tierra, de que queda hecha mención en el cuarto capítulo de la primera parte de esta obra. Como los párvulos se bautizan luego que sus padres llegan a la misión para ser catecúmenos, la madre aún no cristiana, no avergonzándose de su

¹⁵ *Cacle*: nahuatlismo, derivado de la voz *cactli*, “sandalia”.

propia desnudez, tiene un gran cuidado de que su pequeña hija, ya bautizada, esté siempre cubierta.

En el invierno usan estas mujeres un capotillo, que las cubre desde los hombros hasta las rodillas, poco más o menos, sostenido en los hombros y sobre el pecho con una cuerda que atraviesa por delante. Estos capotillos se componen ya de pieles de liebre y de conejo de varios colores, ya de solas pieles de nutria negra. El modo de hacerlos es éste: cortan las pieles en tiras largas cuanto ha de tener de ancho el capotillo y, remojadas, las tuercen como quien forma una cuerda pero de modo que quede el pelo por fuera. Hiladas o torcidas las tiras, atan una con otra, de trecho en trecho corto, con hilos gruesos o cordelillos delgados. A estas tiras ya unidas, sobreponen otra, amarrándola contra la precedente del modo dicho, y de esta suerte, sobreponiendo sucesivamente otras, y añadiendo tiras a tiras o cuerdas a cuerdas de dichas pieles, forman su capotillo del tamaño que quieren, pero siempre más estrecho hacia los hombros y más ancho y de más vuelo abajo, a modo de un capote estrecho, el cual, cuando nuevo, está vistoso, especialmente cuando se mira un poco lejos, y cómodo a quien le trae; así porque el pelo suave de aquellas pieles asienta bien en el cuerpo desnudo, como porque defiende del frío la espalda y aun el pecho que también pueden cubrirle con este abrigo, el cual queda de dos haces o caras, como se deja entender del modo de fabricarle. Usa esta gente el comer con un cordel del modo que queda explicado en el arriba citado cuarto capítulo de la primera parte. Por lo demás, tienen, con muy corta diferencia, los mismos usos, costumbres y supersticiones que se hallaron en los demás gentiles de la California y de este modo, lo que es de algún modo contrario a la creencia y a la decencia cristiana, lo van dejando con la doctrina para ellos nueva, que se les anuncia y se les predica.

Concluidas en Adac las rústicas fábricas de una pequeña iglesia y casa para el misionero, otra para cuerpo de guardia y cuartel de los soldados de escolta, otra pieza para despensa y guardar los bastimentos, y, en fin, otra para enfermería con división para hombres y mujeres, pasó el padre Wenceslao Linck a este sitio, para establecer en él la misión de San Francisco de Borja, a fines del año 1762, hallándose ya con buenos principios del idioma del país, que había



adquirido en Santa Gertrudis, de donde, no obstante, para perfeccionarse más en él, llevó intérprete y catequista, indios que sabían algo de castellano. Mudóse con él la escolta de soldados que, por ser aquella misión frontera de la gentilidad y distante de Loreto, quiso el capitán que fuese una escuadra de diez soldados con su cabo; sacando la mayor parte de ellos de la de Santa Gertrudis en donde sólo quedaron tres soldados, los cuales no permanecieron allí mucho tiempo, porque, viendo que los indios permanecían quietos igualmente que lo estaban cuando tenían allí la escolta más gruesa, mandó el mismo capitán que quedase en Santa Gertrudis un solo soldado con el padre misionero y se retirasen los otros después. Mudáronse también con el padre Linck todos aquellos neófitos que, por caer en tierras más lejos de Santa Gertrudis que de Adac, debían pertenecer a la misión de San Borja. Éstos fueron como trescientas almas, o algo más, los cuales se habían bautizado en Santa Gertrudis que, siendo allí los cristianos más nuevos, venían a ser aquí los más antiguos y como fundadores de la nueva cristiandad en San Borja. El padre procurador de la California en México había enviado para su fundación lo necesario, que de allí debía enviarse, como ornamentos para la iglesia, cazos grandes o calderas, para el pozole, instrumentos para cultivar la tierra, y cosas semejantes. Fuera de la ropa para repartir a los indios y lo necesario para el padre, proveyó el padre Jorge Retz de algún bastimento, aunque apenas tenía lo necesario para mantener su misión. Pero habiéndose oportunamente sembrado en Adac, al tiempo de comenzar a hacer adobes para las casas, un pedazo de tierra, que más presto se pudo disponer, y encaminarle el agua para el riego, de esta siembra, que fue de media fanega de maíz, se cogieron 60 fanegas de cosecha por el mismo tiempo de establecerse allí la misión. Con estos socorros comenzó luego el padre Linck la tarea de la enseñanza a los gentiles, que de aquellas cercanías comenzaron luego a venir a pedir el bautizo.¹⁶ Dábase principio con el bautismo de los párvulos, y poner en la lista de catecúmenos a sus padres y a los demás que habían a este fin concurrido. Entregaban al padre todos los instrumentos de sus

¹⁶ El relato que a continuación hace aquí Del Barco es buena descripción del modo de actuar de los jesuitas en sus tareas cotidianas de evangelización.

antiguas supersticiones, que luego hacía quemar en público. Se les doctrinaba y exhortaba, según pedían las circunstancias del tiempo y de las personas. Y el catequista repetía con ellos muchas veces, mañana y tarde, la doctrina cristiana, por todo el tiempo necesario, para que la tomasen de memoria, que solía ser de dos o tres meses, y algunos, principalmente los viejos, tardaban mucho más. Sucedió varias veces que algunos, cansados de estar tanto tiempo en aquella nueva vida de quietud, y deseosos de ver sus parientes y su nativo suelo, desamparaban la enseñanza y se volvían a sus tierras. Mas, después de algún tiempo, volvían a la misión a perfeccionar su enseñanza y bautizarse.¹⁷ Todo este tiempo que estaban de catecúmenos, el padre les daba de comer, para que sólo atendiesen a aprender la doctrina, según queda dicho en la fundación de otras misiones.

Con este gasto, y el que hacía la escolta y demás gente que se empleaba en cultivar la tierra para nueva siembra, poco podían durar los primeros víveres, y por eso, con tiempo, se dio providencia de traer más. El padre procurador y misionero de Loreto envió bastimentos a la bahía de Los Ángeles en una canoa grande, o más bien diré en una lancha sin cubierta, para que también ésta se quedase allí, proveída de suficientes marineros, cuyo arráz,¹⁸ hombre bueno e inteligente de mar, llamado Ventura, con otro su compañero iban concertados de quedarse al salario de San Borja, para que, cuando la lancha hubiera de hacer viaje a Loreto, sirvieran en ella, ayudados de otros indios, y, mientras no se hacía viaje, sirvieran en otras cosas a la misión, según el padre dispusiese. Así lo hicieron en adelante y especialmente el arráz Ventura sirvió bien, y fue de mucho alivio para el padre Linck. En el primer viaje, que después se ofreció de la lancha, escogió, entre varios indios mozos, de los ya cristianos, que voluntariamente se ofrecieron, algunos para que ayudasen a los sirvientes marineros en el trabajo del mar y aprendiesen algo de oficio de marineros. Llegados a Loreto, los recibieron allí los padres con especial cariño; y no sólo los mantuvieron los

¹⁷ Tenemos aquí un nuevo testimonio de lo que se ha señalado ya varias veces antes: los indígenas tenían que volver con frecuencia a sus lugares de origen y a su vida de recolectores, entre otras cosas porque en la cabecera de misión no era posible atender en definitiva a sus necesidades primarias de alimentación.

¹⁸ Arráz: capitán o patrón de una embarcación.

días que fue necesario detenerse, sino que los regalaron con ropa, panochas (que es azúcar no refinada y por ser de color pardusco, en figura de cubiletillos, de que se gasta mucho en la Nueva España), tabaco en hoja, rosarios y otras cosas de su estimación y gusto. Hacían esto los padres, así por la ternura que causa el ver cristianos tan nuevos y tan lejos de su tierra, como también para que se animasen a trabajar en la lancha, y volver en ella a Loreto, cuando fuese menester para conducir lo necesario para su misión. Este viaje por mar de la bahía de Los Ángeles a Loreto es no poco difícil, no sólo por la distancia, sino mucho más por los vientos contrarios que, a la ida o venida, ordinariamente se experimentan, aumentando notablemente la dificultad el paso necesario por las islas de Salispuedes, cuyas violentas contrarias corrientes detienen largo tiempo, y ponen en gran riesgo cualquier embarcación. Por esto necesita siempre San Borja de inteligente y experimentado arráez.

Entre tanto que se instruían en San Borja los primeros catecúmenos, el padre Wenceslao Linck, viendo que la pieza, que se había fabricado para iglesia, no sólo era muy pequeña sino que había salido muy mal hecha, y por eso amenazaba ruina, tomó la providencia de hacer luego otra. Hiciéronse los adobes, y como esta especie de fábricas presto se levantan, en pocas semanas se acabó, se techó con las palmas de que arriba hicimos mención, y con *tule*, o sea espadaña o enea,¹⁹ que se halló en aquellos contornos el mejor y más largo que hasta entonces se había visto en la California. Blanqueadas las paredes, quedó una iglesia bastante capaz y decente, para lo que permite aquella tierra, y una misión, que estaba fundándose. Sobre el altar se colocó un cuadro grande de su patrono San Francisco de Borja, de buen pincel, que para este fin había venido de México.²⁰ Tratóse luego de disponer la tierra en que se acababa de coger el maíz, para la siembra de trigo, añadiendo algún pedazo más, según se pudo preparar, rebajando en unas partes y terraplenando en otras,

¹⁹ Enea o anea: planta de la familia de las tifáceas que crece en sitios pantanosos. Se emplean sus hojas como en el caso de la espadaña.

²⁰ La iglesia y misión edificadas por Linck en San Borja eran, como aquí se refiere, de adobe. La edificación que hasta la fecha existe, mucho más suntuosa y de piedra, se concluyó hacia el año de 1801, cuando eran los dominicos los que tenían a su cargo los trabajos de evangelización en la península.

según era necesario para hacer fructífero el terreno, y proporcionarle a recibir el riego; ciñéndose a aquella distancia a que éste pudiera alcanza. Aquí se practicaron las mismas diligencias sobre esto que quedan conferidas en la fundación de la misión de Santa Gertrudis. Y con estas industrias llegó en los años siguientes a fructificar aquella tierra anualmente hasta 160 fanegas de trigo y 80 de maíz, poco más o menos; observando el método de sembrar el maíz, luego que se alzaba la cosecha de trigo; y sembrando éste luego que se cogía aquél, beneficiada primero la tierra al modo que se hacía en Santa Gertrudis. Demás de esta siembra, se dispuso otra en un pedazo de tierra que se halló a distancia como de seis leguas que, por ser muy húmeda, no se podía en el invierno sembrar cosa alguna en aquel bajial; mas, en verano, disminuida la humedad con los calores, se sembraba de maíz, y producía como 60 fanegas. Y aunque todo esto no alcanzase a mantener la misión y escolta por todo el año, había para la mayor parte de él, usando de economía. Y con algún socorro, que solía venir de Loreto en la lancha, alcanzaba para todo.

Teniendo con que dar de comer a los catecúmenos, procedía prósperamente la conquista espiritual.²¹ Instruidos y bautizados unos, se casaban según el rito de la Santa Iglesia, cada uno con la mujer que tenía siendo gentil. Les repartía el padre a todos unas pequeñas cruces, para traerlas colgadas del cuello sobre el pecho, como insignia de cristianos, y a los hombres y muchachos, un pedazo de sayal, o de otro tejido, para cubrirse lo más necesario, lo cual por aquellas tierras llaman los españoles taparrabo. Esto lo aprecian mucho, parte porque con la larga detención en la misión han aprendido a tener alguna vergüenza, viendo a todos los cristianos cubiertos, y parte, porque conciben alguna honrilla con cubrirse como los otros, y no parecer menos que ellos. Si este taparrabo se les diera luego que llegan, o comienzan a instruirse, lo apreciaran poco o lo aplicarían a hacer talegas para guardar sus comidas y semillas del monte, principalmente; si se volvieron antes de bautizarse no le darían otro destino, y se quedarían tan desnudos como

²¹ Vale la pena destacar cómo, con insistencia, relaciona muchas veces Del Barco el problema de la alimentación de los catecúmenos con el éxito de la conquista espiritual.

antes. Despachados éstos, y señaládoles el padre la semana en que debían volver para oír misa, doctrina y plática, se volvían a su tierra, y entraba nueva tropa de catecúmenos, y con éstos se hacía lo mismo, según queda referido. De suerte que, mientras esta misión fue la frontera de la gentilidad, nunca, o rara vez, faltaban catecúmenos en la instrucción, y lo mismo había sucedido en la de Santa Gertrudis mientras fue frontera.

Cuando, después de cristianos, volvían a la cabecera al tiempo señalado, que solía ser en sábado, oían misa y la plática o sermón que el padre les hacía el domingo;²² rezaban la doctrina cristiana y lo restante del día se entretenían honestamente en jugar a la pelota o en pasear por el monte en busca de alguna liebre, conejo o lagartija, que para ellos todo es buena comida. Antes de la noche, rezaban el rosario en la iglesia. Quedábanse aquella semana allí, y los días de trabajo, después de oír la misa, rezar la doctrina y desayunarse, iban con los que vivían de asiento en la cabecera a trabajar, o en la tierra de siembra, o en otras cosas que se ofrecían en beneficio de la misión y del común. Y en esto eran dirigidos por algún soldado de la escolta, que nunca faltaba alguno inteligente y que voluntariamente se ocupase en esto, sin faltar por eso a hacer su escolta, sabiendo que los padres en semejantes casos no dejan de recompensar, como es razón, aquel cuidado y trabajo; no por modo de paga, pues no había ajuste ni contrato de sirviente (ni debía haberle siendo soldado del rey, y ganando su sueldo), sino por modo de agradecimiento. Al mediodía, después de comer, descansaban algún tiempo, más o menos, según era la estación del año; y a hora proporcionada volvían al trabajo, el que temprano dejaban para que hubiera tiempo de rezar de pie el rosario en la iglesia, tomar su cena, y recogerse antes de cerrar la noche. Esta detención de semanas interpoladas, según su turno, en la cabecera servía notablemente para que se fueran insensiblemente domesticando y civilizando de algún modo aquellos bárbaros con el más frecuente trato con el padre, con el soldado que los dirigía en el trabajo, y con los otros

²² A continuación ofrece Del Barco otra descripción del modo como se distribuía el tiempo en estas misiones. No puede menos que causar admiración pensar en lo que debió significar para los indios un modo de vida tan radicalmente distinto de aquél al que estaban acostumbrados en su gentilidad.

paisanos suyos cristianos más antiguos, que vivían siempre en la misión, que eran 30 familias o poco más. Se acostumbraban de esta suerte mejor a una vida racional y cristiana, teniendo distribuido el tiempo en encomendarse a Dios, en el trabajo, en comer y descansar, todo a sus horas proporcionadas. En fin, en esta reducción se procedió en todo como queda referido en la fundación de las otras misiones, especialmente en las de San Ignacio y Santa Gertrudis.

Al principio de este establecimiento enviaron otras misiones competente número de cabras y ovejas, para criar y que tuviese la nueva misión este alivio de alguna carne fresca y lana para frezadas a los indios. Mas el pasto era tan escaso que presto se acabó en aquellas inmediaciones de San Borja y el ganado se puso tan flaco, y moría tanto por esta causa, que a los tres meses fue necesario, antes que todo muriese, sacarlo a otro paraje en que pudiese siquiera vivir. No se había hallado por todos aquellos contornos sitio a propósito para la cría de ganado mayor. La carne que se gastaba era seca, traída de la misión de Guadalupe, cuyo misionero hubo de proveer a la de San Borja de este género por espacio de año y medio, parte de limosna, y parte vendida a los precios ordinarios; quedando aun entonces lugar a la caridad, haciéndola transportar gratis con la recua de su misión, o todo, o gran parte del camino. El cual, siendo de casi 80 leguas, en tierra áspera, era necesario que una recua cargada tardara en él, sólo de ida, más de doce días, y que volviera a Guadalupe tan fatigada y maltratada que apenas en un mes pudiera repararse. Las misiones intermedias de San Ignacio y Santa Gertrudis no estaban en estado de poder enviar carne a San Borja; mas, pasando por ellas, la que venía de Guadalupe con recua ya cansada, era necesario que con las suyas ayudasen a esta conducción, por más fatigadas que estuviesen por otros trabajos, como ordinariamente solían estar. Lo mismo sucedía con la recua de San Borja, que era necesario ayudase también a este acarreo, el cual era por eso muy gravoso a todos.

El capitán comandante, don Fernando de Rivera y Moncada, a los principios de esta fundación, pasó de Loreto a San Borja, en donde se quedó una temporada, así para establecer el modo de gobierno y conducta que debía observar a escolta en aquella frontera, como para que los oficiales, sus subalternos, no se excusasen de ir

al gran retiro de esta escuadra por algunos meses, cuando él los enviase, viendo que el mismo capitán había precedido con el ejemplo. Éste, conociendo y experimentando la gran falta que hacía a la nueva misión un rancho de ganado mayor, para el abasto de carne y más cuando estaba tan retirada de las otras misiones, y persuadido a que era servicio de Dios y del rey todo lo que era conducente al mejor y más permanente establecimiento de una misión, no dándose por satisfecho de las diligencias que otros habían practicado en busca de sitio para rancho, salió en persona, acompañado de dos o tres soldados, inteligentes en la materia, a explorar más de propósito y despacio la tierra, llevando víveres para algunos días. Después de haber registrado varios parajes, que reconoció inútiles para el intento, y casi perdida la esperanza de hallar lo que buscaba, quiso subir una sierra que tenía delante, no obstante que en tales alturas no suele hallarse agua. Ejecutolo con sus compañeros no sin gran dificultad. Subiendo a lo alto, halló unas dilatadas llanuras (a las cuales cuando están sobre los montes, llaman *mesas* en Nueva España), llenas de mucho y buen pasto. Hallaron también agua en abundancia, en cierto arroyuelo que se forma en aquella altura, manantial permanente que llena varias pozas y charcos grandes de agua. Reconoció todo aquel terreno a que podía extenderse el ganado, y fue de parecer, con los soldados que le acompañaban, que aquel sitio era capaz de mantener bien todo el año hasta 800 reses de ganado vacuno y la caballada necesaria para los vaqueros. Contento con este descubrimiento, dio la vuelta a San Borja, en donde contó al padre Linck el hallazgo, sugiriéndole el modo y la parte por donde podría abrirse el camino hasta allá por la parte más cercana, que es de ocho leguas, para el necesario trajín de los vaqueros, y para traer ganado para matar en la misión.

Habían, tiempo antes, ofrecido otras misiones enviar, para el establecimiento de ésta, ganado mayor de vacas, yeguas y caballos, éstos para el servicio de los vaqueros y aquéllas para criar; pero se detenían en enviarlo porque no tenía la nueva misión sitio en que ponerlo. Ahora, con la noticia de haberse hallado, sólo fue necesario aguardar a que pasase el siguiente estío, en que suele llover algo, para que el ganado tuviese agua, en el camino, y pasto, sin tan fuerte sol. Llegado este tiempo, y buscado sirvientes asalariados a

costa de las misiones que dieron el ganado (que fueron todas aquellas que pudieron concurrir, sin hacerles notable falta, unas con más otras con menos), lo condujeron al paraje destinado, a donde llegaron a fines de diciembre del año 1763 con el ganado vacuno en número de 650 reses o poco más, y con el de 80 yeguas o algo más. Al tiempo de llegar, se hallaron con una novedad nunca vista en lo restante de la California cristiana; y fue que cayó nieve con bastante abundancia; cosa que en aquella serranía suele suceder muchos años. De los mismos sirvientes, que condujeron el ganado, acomodó el padre Linck a algunos, que quisieron quedarse para servir de vaqueros con el salario de la misión de San Borja.

Ésta desde su establecimiento tuvo recua competente, porque el padre Fernando Consag, cuando murió, tenía prevenidas buen número de mulas para cuando se fundase, como arriba se dijo, las cuales conservó su sucesor en la misión de San Ignacio, para el mismo fin, y las envió luego que llegó el caso de fundarse la misión de San Borja. Esta recua servía para conducir, desde la bahía de Los Ángeles a la misión, la ropa y demás cosas, que para ella habían llegado a Loreto desde México; los bastimentos, cuando había llegado con ellos la lancha a la misma bahía; para el transporte de lo que había de traerse de Santa Gertrudis, y para varios otros menesteres de la misión. Ninguna se había fundado en la California hasta este tiempo que, desde los principios, estuviese tan bien proveída como ésta. Porque las primeras, no hallando los padres en la tierra cosa alguna de lo necesario o conveniente para la vida, sino el agua para beber, fue necesario traerlo todo de la otra parte del mar; y en la escasez de embarcaciones que se padecía, era necesario que todo viniera escaso, y que sólo las pobrezas y miserias fuesen abundantes. De esta suerte poco ganado mayor y menor pudieron transportar los primeros padres, y esto procuraron conservarlo para que se multiplicase.

Según se iban fundando nuevas misiones, iban proveyéndolas de algunas reses, según podían y se habían multiplicado las que tenían, y necesariamente habían de ser pocas las que daban. Cuando se fundó la de Santa Gertrudis aunque ya en aquel tiempo pudieran varias de las otras misiones proveerla en más abundancia de ganado mayor, no habiéndose hallado en todo su dilatado territorio sitio

en que poder mantener sino 300 reses, este número enviaron solamente, el cual por lo mismo no se podía aumentar más. Mas en la de San Borja, como se halló buen sitio para el ganado, y todos los padres deseaban la prosecución de la conquista y conversión de la gentilidad, concurrieron gustosos con cuanto podían, conducente a su estabilidad, alivio y fomento. Pretendían, con enviar el ya dicho número de reses, que el padre Linck pudiese desde luego comenzar a matar de ellas para el gasto ordinario de la escolta y de la misión; para mantener los enfermos, agasajar a los demás y librarse del gran trabajo y molestia de traer carne seca desde Guadalupe, como había hecho hasta aquel tiempo.

Por otra parte, como esta misión tenía una dotación pingüe y lo recibido de ella por este tiempo llegaba a veinte mil pesos, que corresponde a la de dos misiones, mientras llegaba el tiempo de poderse fundar la segunda, a sólo la de San Borja enviaba el padre procurador de la California en México anualmente el duplicado que a las otras. Mas no por eso el misionero, por lo tocante a su persona, tenía más que otros padres; porque sólo se le enviaba de México, como a todos, una sotana, el chocolate suficiente para el año, tabaco, si lo usaba, zapatos, ropa blanca y sobrerropa, cuando la necesitaba y la pedía, cera y lo demás necesario para la iglesia; como también unas píldoras, o semejantes ligeras medicinas para sí y para otro, cuando se podía.²³ El exceso de lo que se enviaba de México a ésta sobre las otras misiones era más ropa para los indios, y para pagar a los sirvientes de la misión. Esto no obstante, un misionero siempre tiene mucho que padecer en todas líneas y mucho más en la fundación de una nueva misión entre bárbaros gentiles, y hablando en particular de ésta, que se fundó con más abundancia, su misionero experimentó, especialmente a los principios (fuera de los trabajos y cuidados principales de su ministerio), no poco que padecer en cuanto al alimento. El padre que en aquel tiempo era visitador, andando en su visita de aquella provincia de misiones, llegó a visitar la de San Borja a pocos meses de fundada. Entró ya de noche cogiendo de repente al padre Wenceslao que, no sólo no tuvo qué darle de cenar

²³ La mención que hace Del Barco de aquello que se enviaba a los misioneros desde México resulta de sumo interés. Innegablemente, en el aislamiento de misiones, como ésta de San Borja, cualquier forma de alivio debía ser bienvenida.

al padre visitador, sino que, ni aún para sí tenía cena; y fue necesario que el huésped cenara, y diera de cenar a este padre, de la prevención que llevaba para su camino; como es necesario llevarla, habiendo de comer y dormir frecuentemente en despoblados.

Es verdad que ya por este tiempo tenía algún ganado menor, mas no se podía comer por estar sumamente flaco, y por eso moría cada día mucho, y todo hubiera presto muerto, si no lo hubieran llevado luego a paraje donde pudieren vivir. La carne seca llevada de Guadalupe, especialmente cuando se había puesto rancia, como solía suceder, sólo podía arrostrarla quien padecía grande hambre o quien estaba acostumbrado a ella. Y si por el primer motivo la comía el padre a mediodía, no siendo muy urgente por la noche, era regular el dejarla. Es verdad también que el padre Linck no había tenido aviso previo del día que llegaría el padre visitador; porque, aunque le escribió sobre esto el misionero de Santa Gertrudis, el indio que llevaba la carta, como a la mitad del camino la dejó sobre un arbolillo, y se fue a pasear por unos días a donde quiso. Cuando el padre pasaba la vio uno de su comitiva y la llevaron a San Borja cuando ya era inútil. Mas, aunque hubiera llegado a tiempo la carta, sólo hubiera podido prevenir algunos pescados frescos enviando por ellos a la bahía de Los Ángeles, en donde los hay muy buenos y regalados. Los habitantes de aquella playa (que son de los más antiguos cristianos de esa misión), los pescan sin mucha dificultad. De éstos se alimentan más de ordinario; y cuando el padre les encargaba que le trajeran algunos, lo hacían con toda muestra de voluntad; ya por ser ellos de buen natural, y que mostraban especial amor al padre; ya también por recibir en trueque lo que el padre les solía dar, siendo esto más de su gusto, siquiera por ser para ellos más extraordinario, como era la carne salada y seca o algo de ropa. Este alivio tenía el misionero de San Borja, y con esto regaló al padre superior los días que se detuvo allí. Mas, estando solo, no siempre lo usaba, así por evitar la molestia de enviar tan lejos por ello, o más bien por no causarla a los indios; como porque o muy repetido le fastidiaba, o por no tener prompta con que pagarlo. Y así, de ordinario, se pasaba con sus duros tasajos de carne salada, sin tener cocinero ni persona que supiera, con la industria, hacerla menos ingrata al apetito.

A poca distancia del principal ojo de agua hay otro mucho menor, que se procuró aprovechar en regar un poco de trigo y una pequeña huerta para hortaliza. Había el padre Linck llevado varias semillas de México para este fin, y hecho sus almácigos. Éstos ya crecidos y para trasplantarse, ofreciósele dar el santo viático a un soldado de la escolta, gravemente enfermo en el cuerpo de guardia. Hizo el padre barrer todo aquel trecho por donde había de pasar la procesión con el Santísimo, encargó a las mujeres que buscasen por aquellas cercanías, a falta de flores, siquiera algunas hojas verdes que esparcir por el suelo en el mismo tracto. Ellas, sabiendo que en la huerta había cosas verdes, entraron en ella, repelaron o arrancaron los almácigos, y lo que había y lo echaron donde se les había señalado. El padre, al salir de la iglesia con el Divino Sacramento, y los ojos bajos, advirtió presto que lo verde que iba pisando era la esperanza del fruto de su huerta, que las indias habían arrojado por los suelos o más bien sacrificado al Dador de todo bien. Y, aunque a primera vista, como es natural, lo sintiese, fue preciso ofrecer también de su parte aquel pequeño sacrificio al Divino Señor que llevaba en sus manos. Como en toda la California nada sembraban y nada cultivaban los gentiles, no es mucho de extrañar que aquellas pobres neófitas no hiciesen distinción entre las cosas que había en la huerta y las que el campo por sí producía.

No obstante la prosperidad con que procedía esta reducción, se dieron algunos casos capaces de hacer tanta impresión en el corazón pusilánime y en la débil imaginación de los indios, ayudando las sugerencias del común enemigo, que impidiesen o retardasen los progresos de nuestra santa fe entre la gentilidad. El principal y más ruidoso fue que los gentiles, que vivían como a 30 o más leguas de distancia al norte de San Borja, teniendo noticia que en Adac se había establecido un padre, y que la gente de aquellas cercanías ya se había hecho cristiana, extendiéndose a gran prisa esta reducción hacia el norte de Adac, y que los gentiles que mediaban entre ellos y los cristianos, no sólo estaban en paz y amistad con éstos, sino que mostraban o habían declarado querer también ellos seguir el mismo ejemplo, se enojaron tanto contra ellos que, convocando a otros sus vecinos, determinaron hacerles guerra a sangre y fuego y matarlos a todos, para impedirles así el hacerse cristianos, queriendo antes

verlos muertos a sus manos²⁴ que con una nueva religión tan contraria a sus bárbaras costumbres. Con este intento estos enemigos del nombre cristiano igualmente quepreciados de valientes, acometieron a una ranchería de los gentiles de paz, mataron a algunos, y huyeron los demás. Después dieron sobre otra, o varias otras rancherías, en que mataron gran número de gente que parecía tan cercana ya a recibir la santa fe. Con esto pusieron terror y miedo a toda aquella tierra, y los pobres perseguidos se vieron necesitados a refugiarse a rancherías de cristianos, a donde no tan fácilmente se atreverían a llegar los enemigos, por el temor de que todos los cristianos, auxiliados de los soldados, se unieran para su destrucción.

Llegaron presto las tristes nuevas al padre Linck, y se repetían estos mensajeros según iban sucediendo nuevas muertes de los perseguidos. Éste despachó prontamente un propio a Santa Gertrudis para consultar con el padre Jorge Retz lo que en este caso se debía hacer, previniéndole que, si le parecía conveniente el que despachase gente armada para contener a los gentiles bravos, le enviase de su misión buen número de flecheros armados, porque de los suyos, como cristianos tan nuevos y que naturalmente estarían más poseídos del temor, no podía fiarse tanto como de los de Santa Gertrudis. El padre Retz, sabiendo bien que es de suma importancia el hacer prontamente rostro a un enemigo feroz, que tanto más crece en orgullo cuanto reconoce haber infundido mayor miedo en sus contrarios y se amilana luego que halla poderosa resistencia, respondió que era necesario con la brevedad posible poner terror a estos insolentes. Le envió competente número de los más animosos y valientes de sus indios, para que, juntos con los que saliesen de San Borja, hiciesen un número tal que los enemigos no se atreviesen a hacerles rostro, y de esta suerte se evitarían las muertes, que de otro modo sin duda sucederían de una y otra parte. A estos guerreros de Santa Gertrudis se agregó otra proporcionada tropa de los de San Borja en aquel número que pareció suficiente para la empresa. Y a toda esta gente, armada de arco y flecha, añadió el cabo de escuadra

²⁴ Tenemos aquí otra muestra de las actitudes de los californios ante la conquista espiritual. Si bien la gran rebelión que se inició en el sur en 1734, fue algo excepcional, no faltaron, como puede verse a través de este relato, otros brotes que, de un modo o de otro, lograron aplacar los misioneros.



algunos soldados, que los dirigiesen y diesen más ánimo, viendo que llevaban a su favor las armas de fuego, para que, en caso necesario, con ellas los defendiesen. A todos se les dio orden, y especialmente se encargó a los que llevaban el comando de la tropa, que hiciesen lo posible para tomar de sorpresa al enemigo, aprisionar y conducir a la misión a cuantos pudieran de aquellos principales, que tenían más culpa en los insultos y muertes referidas, absteniéndose de matar a nadie ni hacer otro daño, en cuanto la circunstancia lo permitiese.

Con esta instrucción, y encomendando a Dios el buen éxito de la empresa, salió de San Borja este pequeño ejército; y encaminándose hacia el norte, se informaron de los gentiles de paz que los bravos se hallaban en la ranchería de Amet-Acangdang, distante de Adac cosa de 30 leguas hacia el océano. Tomaron los nuestros sus medidas, para que, sin ser descubiertos de enemigo, pudieran llegar antes que amaneciese a sorprenderlos. Ejecutáronlo con facilidad, asaltáronlos antes de aclarar el día perfectamente, y como estaban durmiendo, fue fácil aprisionarlos sin sangre. Quemaron sus pequeñas chozas con sus cortos utensilios; reservando las armas que trajeron consigo los vencedores, como señas de su triunfo. Estas armas eran de varias especies y figuras.²⁵ Demás del arco y flechas, común a todos los californios para tirar de lejos, usaban también armas cortas de palo duro para herir de cerca. Entre las cuales una era un mazo de figura de una garrucha de pozo de un palmo de diámetro; de cuyo centro salía un palo de poco más de un palmo de largo, que servía de mango o cabo para manejarlo. Otra tenía alguna semejanza con una picadera de cantero por un lado el pico y por otro la boca o hachuela de corte. De en medio de estos dos salía el cabo proporcionadamente largo para el manejo. Este instrumento, movido oportunamente por un robusto brazo, pudiera hacer mucha impresión en el cuerpo desnudo de aquellos bárbaros. Otra era como un pequeño y corvo espadín; mas, en lugar de puño, tenía una como tajadera, cuyo corte o parte convexa caía para afuera. Otras había de varias otras figuras, y todas formadas de una sola

²⁵ La descripción que hace aquí Del Barco de las armas de estos cochimíes septentrionales puede compararse con lo que sobre esta misma materia había escrito en la correspondiente sección etnográfica.

pieza o madero cada una. En lo restante de la California no se había visto que sus naturales usasen de semejantes armas y por eso el padre Linck envió una de cada especie, para que, pasando de misión en misión, las conociesen todos los padres.²⁶

Llevaron a San Borja los prisioneros, y el cabo de escuadra les aseguró en el cuerpo de guardia. Les ponderó, mediante el intérprete, sus delitos por los cuales, ya que no les diese la pena que ellos merecían, les condenó a castigo de azotes, que sufrirían en público por algunos días; para que aprendiesen a vivir en paz y a no hacer daño a aquellos de quienes no le recibían. Súpose que diez o doce de estos prisioneros fueron los principales y más culpados en los alborotos y muertes ya referidas, y contra éstos se decretó el castigo. Sacáronlos afuera a recibirle a vista de la gente de la misión, mas, a los ocho o diez azotes que recibía cada uno, salía el padre Linck, y pedía al cabo que les perdonara los restantes. Este los hacía entender que debían agradecer al padre el que intercediera por ellos, porque de otra suerte él los haría sufrir por lo menos 25 azotes cada día, volviéndolos a la prisión, en donde el padre misionero los proveía de comida. Al siguiente día los volvieron a sacar a recibir su penitencia delante de todos, y sucedió lo mismo que el antecedente; a pocos azotes, salía el padre a interceder por ellos, cesaban los azotes, y los volvían al cepo.²⁷ Con esta penitencia prosiguieron siete u ocho días, hasta que el castigo fue ablandando poco a poco a aquellos corazones duros, y suavizando la ferocidad de aquellos bárbaros, que a los primeros días se habían mostrado impacientes y airados, como si dieran a entender que, si se vieran libres, sabrían vengarse bien del tratamiento que ahora recibían. Y especialmente uno de ellos, un día, acabado o interrumpido el castigo, se mostró tan irritado y feroz que echaba espumajos por la boca como índices

²⁶ Tal hecho pone de manifiesto el interés que siempre tuvo Linck por conocer los elementos de la cultura de los indígenas entre los que desempeñaba sus funciones de misionero.

²⁷ Frecuente era esta forma de proceder entre los jesuitas de California. Si, por una parte, correspondía a los soldados la aplicación de la justicia, por otra, éstos actuaban obediendo siempre el dictamen de los misioneros. En casos como el que aquí se describe, la consecuencia más patente era inculcar en los nativos la idea de que, con su clemencia, el padre atendía siempre a su bien.

de su cólera y furor. Mas el castigo de algunos días, por una parte, y, por otra, las amonestaciones del padre misionero, juntamente con el saber ellos desde la prisión, y en parte ver por sí mismos el buen orden y concierto de la misión, y el contento y paz con que vivían los indios de ella, y principalmente la gracia del Espíritu santo les fue moviendo en el ocio de su prisión a conocer sus pasados delitos, y querer enmendarse de ellos, a hacer mejor concepto de los cristianos, a aficionarse a su religión y aun inclinarse ellos a recibirla. Estando ya con tan buena disposición, les dieron libertad, y agasajados por el padre, y amonestados, según pedían las circunstancias de lo que les convenía para su bien eterno y aun temporal, se volvieron a sus tierras sin ganas de inquietar más a sus vecinos y aun con ánimo de volver a San Borja con sus familias y parientes para hacerse cristianos, como efectivamente, después de algún tiempo, volvieron con otros muchos, mostrándose ya no menos dóciles y mansos que los demás y, después de la acostumbrada instrucción, se bautizaron y agregaron a la misión.

A los principios de esta fundación sucedió una noche que un gentil de aquellos viejos hechiceros o curanderos, sentido, a lo que parece, de que la gente se hiciera cristiana, perdiendo él toda su autoridad, quiso alborotar la nueva misión e intimidar a la gente de ella. Para lo cual, habiendo encendido una hoguera que producía luces de varios colores (fuese esta variedad causada de la diversidad de palos o yerbas, que quemaban; o fuese que a la débil fantasía de los neófitos, turbada con el miedo, les representaba la variedad que no había, y les hacía aprehender misterios aun en las cosas más ordinarias), comenzó el viejo a desatarse en espantosos y descompasados alaridos, tanto que, amedrentados los indios, iban temblando a refugiarse a la casa del padre Linck. El cual, viendo a su gente tan poseída del temor y conociendo que era necesario quitársele con mostrar el mismo padre no temerle, tomó un látigo en la mano y se encaminó intrépido hacia la hoguera amenazando al curandero, quien no tuvo por bien aguardar a que las amenazas pudieran tener efecto sino que al punto se huyó lleno de miedo. Y con esto la gente volvió a sosegarse y quedó con mayor estimación de su padre misionero por el valor que mostró en esta ocasión; lo cual era muy conducente para que más le respetaran. El viejo no

volvió más a asustar a sus paisanos; antes bien él mismo se hizo después catecúmeno y, bautizado después, se portaba bien, sin dar nota de sí.

En otra ocasión trajeron al padre un envoltorio grande, en donde venían los adornos e instrumentos gentílicos que usan en sus fiestas, para quemarlo, como se acostumbra cuando vienen a bautizarse. Un mozo cristiano llegó delante del padre a desatarlo, para ver lo que traían en él. Pero en esta maniobra, al tocar el envoltorio se le clavó en un dedo tan agudo dolor, extendiéndose luego al brazo, que no pudo proseguir el registro; antes bien fue necesario retirarse, y extendiéndose más el agudísimo dolor, en pocos días le quitó la vida, sin haberse podido averiguar la causa; y el envoltorio se entregó a las llamas. La relación que tengo presente no dice si se quemó, después de haber examinado exactamente si en él se ocultaba algún insecto venenoso, ni si se quemó sin preceder este examen.²⁸ Y mientras no hay razón positiva para lo contrario, me inclino a creer que, condolido el padre Linck de la desgracia, temiendo no le sucediera a otro lo mismo, si prosiguiera abriendo el envoltorio, mandó que al punto lo echaran al fuego, sin acabarlo de abrir. Y aun cuando se hubiera abierto y examinado lo que traía, quedaría la duda si el examen fue exacto. Es regular que fuese de noche, porque esa hora o poco antes, suelen llevar los indios tales cosas al padre cuando llegan a la cabecera, que suele ser ya tarde. Cuando el que iba a abrir el tercio o envoltorio comenzó a levantar el grito con la fuerza de su dolor, es increíble que no acudieran todos los presentes, y el padre el primero, a saber qué había sucedido, si tenía alguna señal de herida, y pensar en el remedio que se le podía aplicar. Entretanto que los pocos que estaban presentes acudían al doliente, pudo salir del envoltorio el insecto nocivo y huir sin que alguno lo advirtiese. Y si esto, aun siendo de día pudo haber sucedido, ¿cuánto más siendo de noche? De lo cual se infiere que de este suceso, aunque se pueda dudar, no se puede concluir que hubo algún maleficio.

Prosiguiendo esta misión con prosperidad y extendiéndose cada día más en ella los términos de la cristiandad, fue enviado de México

²⁸ Entra aquí Del Barco en una serie de disquisiciones casi a modo del discutir escolástico, de las que hay no pocos ejemplos en su obra.

el padre Victoriano Arnés,²⁹ para que acompañase y aliviase en algo al padre Linck, aprendiese el idioma de aquella tierra y se habilitase de esta suerte a fundar después otra misión al norte de San Borja. Llegó el año de 1764, y desde luego se aplicó con tesón a lo que era destinado por sus superiores. Teniendo ya el padre Wenceslao Linck compañero, pudo hacer algunas más largas excursiones que, estando solo, no le permitía hacer el cuidado de la misión y el temor de que necesitase de su asistencia algún repentino moribundo.

Habiendo este padre tenido aviso de sus indios, que habitaban la costa del seno, que se habían visto lumbradas en la isla del Ángel de la Guarda, que tienen enfrente en distancia de seis a ocho leguas, determinó pasar a registrarla. Porque, si estuviese habitada, era necesario dar alguna providencia a favor de aquellos pobres gentiles en orden a su salvación eterna. Acompañaron al padre en esta expedición el teniente de capitán, don Blas Fernández Somera, con otros soldados, y algunos indios de San Borja. Se embarcaron en la canoa o lancha de la misión, en la bahía de Los Ángeles, por la primavera del año 1765. Llegados a la isla y tomada tierra en ella, anduvieron a pie reconociéndola en gran parte, y no sólo no hallaron gente, mas ni aun vestigio de ella, ni de animales, ni aun aguaje alguno. Y por lo que ofrecía a la vista lo restante de la isla, pudieron inferir con fundamento que toda ella estaba desierta. Este prudente discurso no pudieron hacerle pasar a evidencia, registrando toda la isla, porque faltando el agua, fue necesario embarcarse para volver a la bahía de donde habían salido; mas cuando se iban acercando a ella, les salió al encuentro tan recio viento que, no pudiendo la lancha contrastarle, tuvieron por bien de darle popa y retroceder a la isla de donde venían.

Volvieron después, o el día siguiente, a emprender su tornaviaje, y les sucedió lo mismo que antes y aun peor, porque el viento de

²⁹ Victoriano Arnés, nacido en la Villa de Graus, en Aragón, en 1736, ingresó en la Compañía de Jesús en 1754. Pasado a México en 1760, se trasladó a California en 1764. Trabajó allí como auxiliar de Linck en la misión de San Borja hasta que correspondió a él fundar el más septentrional de todos los establecimientos jesuíticos en la península, la misión de Santa María de los Ángeles, en 1766. Expulsado en febrero de 1768, vivió en Italia hasta su muerte, acaecida en Roma el 8 de julio de 1788.

tierra era tan furioso que, rompiendo una punta inferior de la vela, o fuese el cabo que la sujetaba, y quedando firme el opuesto, al punto la acostó sobre el mar juntamente con la lancha llenando de susto a todos por verse en tan inminente riesgo de anegarse. Fue bien menester la destreza del arráz Ventura y de un soldado de la comitiva, que con las prontas diligencias, tan necesarias en ocasión tan urgente, sacaron a todos del peligro. Fueron varias las idas y venidas de la isla a la costa, y de ésta a la isla, y aun alguna de ellas no sólo hallaron resistencia del viento para llegar a tierra firme, sino que en volver a la isla les salió al encuentro otro viento semejante, que les impedía arrimarse a ella; mas como no estaban lejos de su punta inferior, habiéndola doblado, pudieron allí guarecerse. Mas la sed que les aquejaba no les permitió lograr mucho aquel descanso; y fue necesario encomendarse a la providencia divina, y salir presto a probar nueva fortuna, no queriendo ya dirigir su rumbo a la bahía, sino algo más abajo, a experimentar si por allí el viento permitía la entrada. Quiso ya Dios concedérsela, y despachando algunos indios de los que el padre llevaba consigo, a la más cercana ranchería, para que avisasen de la gran necesidad de agua que padecían, y los socorriesen con la brevedad posible, quedaron en la playa aguardando con ansia este socorro.

Trajéronle los de aquel territorio, ya cristianos, compadecidos del trabajo de su padre misionero y de los demás. Despacharon después las vasijas de aguada que van en la lancha, para que se llenasen en el aguaje, aunque algo distante de aquel paraje en que estaban en donde aguardaron alguna mudanza de tiempo. Conseguida ésta, y hecha la aguada, volvieron a embarcarse para la bahía de Los Ángeles, paraje en donde debía quedar la lancha. En esta ocasión entraron sin dificultad, y tomaron tierra en ella, de donde se encaminaron a San Borja enteramente persuadidos que la isla del Ángel de la Guarda no tiene habitantes; y que las lumbradas, de que habían dado noticia los playanos, habían sido imaginarias o quizá encendidas por otros indios que, de la costa de la California, acaso pasaron alguna vez en balsas a la isla.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS